

Resonancias estéticas: la palabra poética y el universo

Cecilia Avenatti de Palumbo

1. Ante lo inolvidable del origen el éxtasis de la palabra poética

El fenómeno de la resonancia se halla vinculado con la cosmología, con la música y con la palabra poética desde tiempos muy antiguos. Las matemáticas y la belleza del universo son dimensiones que comparten la misteriosa cercanía de un origen indisponible y lejano, que los seres humanos buscamos comprender para encontrar el camino de retorno.

Como plantea Jean-Louis Chrétien, es el dolor por lo inolvidable, que tan bien expresa la palabra griega “álastos”, que proviene del verbo “lantháno”, que significa estar oculto, olvidar, pasar a silencio. Se trata del padecimiento del que no podemos rehuir, pues se renueva sin cesar e irrumpe en lo por venir. Es aquello que hace gritar el corazón desgarrándolo en su interioridad silenciosa, la permanencia punzante de lo insostenible, la presencia en la ausencia. No atañe a la memoria de un pasado doloroso, sino que se sufre en el presente, provocando un éxtasis pasivo que no cesa de arrojarnos fuera de nosotros. Por eso, paradójicamente, el primer don de las musas, el que otorga Mnemosine, es el olvido por medio del canto y de la música. Al éxtasis del sufrimiento se le opone el éxtasis de la palabra. Y, entonces, la incesante venida de lo inolvidable comienza a resplandecer con la claridad misma del futuro. Lo inolvidable que velamos y guardamos tiene así su origen en lo inesperado. Esta incesante venida del origen que llamamos Dios es una herida de amor que la eternidad no podrá volver a cicatrizar.¹

Habitamos en el universo interior y exterior de estas sonoridades silenciosas cuya presencia reconocemos en las vibraciones que provocan en nuestras fibras vitales. En base a los análisis fenomenológicos de Eugène Minkowski y Gastón Bachelard, Paul Ricoeur establece un estrecho vínculo entre la imaginación, la metáfora y la repercusión.² No se trata de un simple fenómeno de intensidad sonora, sino de un acontecer penetrante

¹ Cfr. JEAN-LOUIS CHRÉTIEN, *Lo inolvidable y lo inesperado*, Barcelona, Sígueme, pp. 97-118.

² Cfr. FRANCISCO DIEZ, “A la escucha de la libertad en el pensamiento de Paul Ricoeur”, en CECILIA AVENATTI DE PALUMBO (coord.), *La libertad del Espíritu. Tres figuras en diálogo interdisciplinario: Teresa de Ávila, Paul Ricoeur y Hans Urs von Balthasar*, Buenos Aires, Agape Libros, 2014, pp. 179-196.

que repercute en todo nuestro ser, haciéndolo vibrar al unísono con el mundo que nos rodea y vinculándonos con él, llenando el silencio con palabras y ritmos a fin de darle forma a nuestro habitar. La innovación semántica que provoca el proceso de metaforización pone al descubierto la capacidad que tiene la palabra poética de ingresar una y otra vez en el mundo de la vida justamente por medio del lenguaje de la resonancia que perdura y deja huella.

Establecidas estas dos premisas del origen inolvidable que abre la esperanza a la irrupción de lo inesperado y la repercusión de la música del universo en nuestro ser, consideraremos la relación entre la palabra creadora y “el eterno femenino” de Pierre Teilhard de Chardin,.

2. “El eterno femenino”: la palabra creadora y la amorización del universo

Los gritos de dolor de una humanidad herida por el odio y la violencia resonaban aún en los oídos del joven jesuita Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), cuando hacia el fin de la Gran Guerra escribe entre el 19 y el 25 de marzo de 1918, el “Himno al eterno femenino” y al año siguiente el “Himno a la materia” con cuyo recitado se inauguró este congreso. La enigmática dedicatoria “a Beatrix” sitúa al lector ante el universo dantesco, en el que ciertamente se inspira, aunque veladamente el cambio de nombre -Beatrix por Beatriz- nos indica que “el eterno femenino” teihlardiano busca conducirnos hacia otro horizonte de sentido. En una carta dirigida a a su prima, afirma:

“Desde mi punto de vista, uno de los místicos más interesantes de estudiar sería precisamente Dante, un hombre que fue tan entusiasta y apasionado por lo Real. Pienso que existen pocos ejemplos como el de Beatriz que pueden hacernos comprender lo que es la “progresión” (hasta llegar al Universo) de un sentimiento alimentado hacia un objeto particular (y por este objeto mismo)...”³

La Beatriz dantesca es una joven florentina de carne y hueso de la que Dante se enamora y que se transforma en símbolo sin perder su realidad. El dinamismo es ascensional, de lo particular al universal poetizado. En cambio, en Teilhard lo femenino es un principio

³ Citado por HENRI DE LUBAC, « *L'éternel féminin* ». *Précédé du texte de Teilhard de Chardin*, Paris, Aubier, 1983, p. 27.

universal que deviene símbolo de una persona concreta, en la que este principio encuentra su más alta realización. ¿Cuál es este principio? ¿Cómo es su modo de ser?

“Yo aparecí desde el origen del Mundo. Desde antes de los siglos, yo salí de las manos de Dios, esbozo destinado a embellecerse a través de todos los tiempos, cooperadora de su obra.

Todo en el Universo se realiza por unión y fecundación, por reunión de elementos que se buscan, y se funden de dos en dos, y renacen en una tercera cosa.

Dios me difundió en la Multiplicidad inicial como fuerza de condensación y de concentración.

Yo soy el lado conjuntivo de los seres, yo el perfume que los hace encontrarse y los arrebatara libremente, apasionadamente, por el camino de su unificación.

Por mí se mueve y se coordina todo.

Yo soy el encanto derramado sobre el Mundo para hacer que se reúna, el Ideal suspendido sobre él para hacerle ascender.

Yo soy el esencial Femenino.”⁴

Energía cósmica, elemento de unión y atracción, este principio se presenta a sí mismo como lo hace la Sabiduría en el libro de los Proverbios, cuya referencia aparece en el epígrafe: “Ab initio creata sunt” (8, 22). Crear es unir, en una unidad que diferencia y personaliza. Elemento cósmico en cuya función unitiva convergen la generación y la plenitud en expansión.

Pero ¿a quién se refiere esta Sabiduría? El proyecto inicial del himno se titulaba: “Ante una Virgen velada. A Beatrix”, el cual finalmente luego se resolvió en “El eterno femenino”. Si bien coinciden en que el amor es la energía cósmica que todo lo mueve, el dinamismo teilhardiano es inverso al de Dante, pues en aquél “lo eterno femenino” desciende alcanzando su punto más elevado en la persona concreta de María, Madre de Dios, Virgen y Madre. Ella ha atraído hacia sí y concebido en su carne la Palabra de Dios. De este acontecimiento brota toda palabra humana verdadera, buena y bella.

⁴ PIERRE TEILHARD DE CHARDIN « *L'éternel féminin* », en HENRI DE LUBAC, « *L'éternel féminin* ». *Précédé du texte de Teilhard de Chardin*, Paris, Aubier, 1983, pp. 11-12.

Y sin embargo, su rostro permanece “velado” como Beatriz en el Paraíso Terrenal de *La Divina Comedia*. “Beatrix” es el rostro que une y atrae, a la vez que su misterio permanece velado. Teilhard no identifica como Dante “el eterno femenino” con la mujer amada, sino con el principio en quien lo humano y lo divino se integran en la misma carne, en la misma historia. El cuerpo nacido de María, Virgen y Madre, es Cristo, el Omega que atrae y unifica en un “proceso de amorización” que desarrollará el Teilhard maduro en sus últimos escritos.

“Yo he atraído hacia mí a Dios mucho antes que a vosotros...

Sólo el amor es capaz de mover al ser.

Por eso Dios, para poder salir fuera de Sí tenía que lanzar delante de sus pasos un camino de deseo, esparcir ante Sí un perfume de belleza.

[...]

Yo soy la Iglesia, Esposa de Jesús.

Yo soy la Virgen María, Madre de todos los humanos.

[...]

Yo soy el eterno Femenino.”⁵

Al amor cantaron Platón, los gnósticos, la kábala; a la Sabiduría como origen de vida y plenitud, la encontramos en los textos bíblicos sapienciales, la Patrística, la Edad Media latina; “el eterno femenino” es el nombre que le dieron los dos grandes poetas, Dante y Goethe, luego vendrían Claudel, Gertrud von le Fort, León Bloy, Edith Stein, Hans Urs von Balthasar y otros. En esta tradición el aporte de Teilhard es la visión cósmica que lo conduce a invertir el movimiento –desde principio de “el eterno femenino” hacia María como portadora de Cristo– hasta convertirlo en la base del proceso de “amorización” total del universo en el punto Omega, que es de modo definitivo Cristo nacido de María, Virgen y Madre.

Esta amorización es una renovación de la visión del amor como energía central, de modo que la evolución universal no es sino la evolución del amor que desarrolla hacia el final de su vida en *El corazón de la materia* (1950). “El eterno femenino” es principio y realidad que pone en movimiento porque une y atrae la amorización universal. Vista desde

⁵ PIERRE TEILHARD DE CHARDIN « *L'éternel féminin* », en HENRI DE LUBAC, « *L'éternel féminin* ». *Précédé du texte de Teilhard de Chardin*, Paris, Aubier, 1983, pp. 22.

el amor, la evolución nos conduce hacia un punto singular a partir del cual el varón y la mujer convergen en lo alto, en el tercero: esta es la nostalgia por el retorno al que nos referíamos al comienzo. Lo femenino así considerado es el principio que aleja a Teilhard de la fascinación de lo impersonal, como lo señala en el apéndice titulado “Lo femenino y lo unitivo”⁶. El amor es el gran secreto del cosmos : es el sueño de un amor transfigurado. Es la visión ardiente de un universo personal: como la Beatriz de Dante, la Beatrix de Teilhard no es una figura abstracta, sin la Virgen María velada. El ser Real no ha sido descubierto aún pero él está allí bajo el velo. Lo esencial femenino o lo universal femenino no era sino el velo de su velo, como concluye Henri de Lubac. ⁷(186-187)

3. David Jou cantor de “el eterno femenino” en Dante y en Teilhard

EL SABER MÁS PROFUNDO ES EL AMOR

El saber más profundo es el amor,
 la inteligencia más lúcida es la bondad,
 la plegaria más desbordante es el silencio,
 el alimento más durable es la palabra,
 la posesión más rica es la libertad,
 el más allá empieza aquí mismo,
 la eternidad empieza en cada ausencia;
 tras cada palabra hay lo inefable;
 tras cada ecuación, lo incomprendible;
 tras cada dogma, lo indemostrable.

Y siempre tanta sed.

Canto por cantar.

⁶ HENRI DE LUBAC, « *L'éternel féminin* ». *Précédé du texte de Teilhard de Chardin*, Paris, Aubier, 1983, 99.

⁷ HENRI DE LUBAC, « *L'éternel féminin* ». *Précédé du texte de Teilhard de Chardin*, Paris, Aubier, 1983, 186-187.

Rezo porque quiero.

Calculo porque me fascina.

Me atrae la gloria

de tanta ligereza.

Palabra

Al principio existía la Palabra

y el Número formaba parte de la Palabra,

y el Número se hizo luz y materia,

y la Palabra habitó entre nosotros:

en el amor y las estrellas,

en el espíritu y en los átomos.

Por qué, después, tanta ruptura?

Por qué guerra, hambre, pillaje?

Por qué tantas barreras al saber?

Por qué empezaron a combatir

razón contra fe, emoción contra razón,

palabras contra números, pueblos contra pueblos, lenguas contra lenguas?

Pero me enamoré de la palabra,

quise ser suyo, renacer en ella,

y me hizo callar para que escuchara

los golpes de pico de fuerzas subterráneas en mi interior,

las palabras tumultuosas que pronunciaban los Otros,

la armonía de los números en la lógica del mundo,

la presencia de los difuntos y de los que aún tenían que nacer,

las tempestades de sombra de los silencios de Dios.

Y celebré de la palabra

que me anulara, que me absorbiera, que me levantara,

que me esparciera como polvo en el viento,

que me hundiera en el silencio de las minas,

que me dilapidara como una fortuna heredada.

En el amor, como en una selva.

En el saber, como en un océano de ceniza de páginas quemadas.

En la tierra, como en una espada de luz en la última batalla.

En Dios, como en un huracán de puertas que se abrieran a respuestas infinitas.

Eso amé de la palabra:

que me hiciera morir para confundirme con el Amor

que mueve eternamente el Sol y las estrellas.